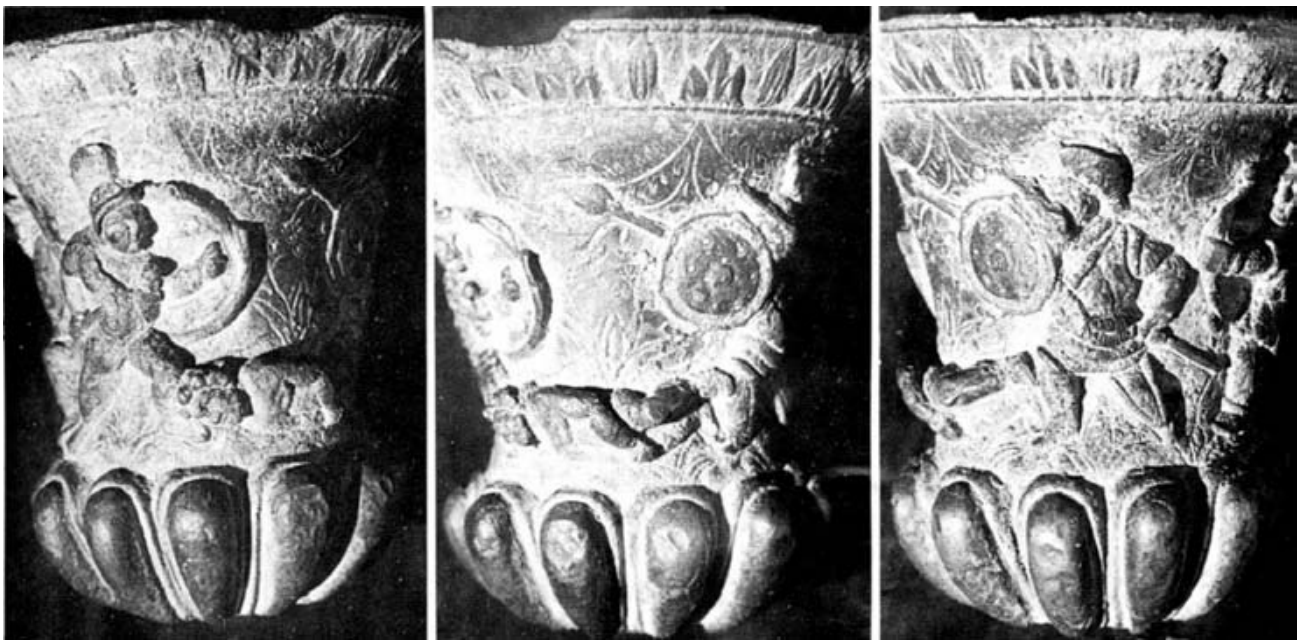
[Publicado previamente en: *Goya. Revista de arte* n.º 143, 1978, 254-265 (también en J.M.ª Blázquez, *España Romana*, Madrid 1996, 220-232). Editado aquí en versión digital por cortesía del autor y del primer editor, la Fundación Lázaro Galdiano, con la paginación original].



Crátera del Instituto del Conde de Valencia de Don Juan.
Madrid. Obra posiblemente de origen alejandrino.

EL COMERCIO DE OBRAS DE ARTE EN LA HISPANIA ROMANA

Por JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

El comercio de obras de arte no es un fenómeno moderno. Los romanos, en los dos siglos anteriores al cambio de Era, adquirieron cantidades gigantescas de obras de arte procedentes del saqueo de Grecia o del Oriente, o compradas en los mercados orientales (Atenas) y de la propia Roma. Este comercio empieza a finales del siglo III a. C. con ocasión de la conquista de Siracusa por Marcelo, en el año 212 a. C., y se generaliza a partir de la presencia del ejército romano en Grecia, en lucha primero contra Filipo V, rey de Macedonia, y contra su hijo Perseo después.

El historiador latino Livio, de época de Augusto, escribe sobre Marcelo: «Hizo trasladar a Roma de Siracusa, para adornar la ciudad, estatuas y cuadros de que abundaba Siracusa. Fueron despojos arrebatados al enemigo según el derecho de guerra y abrieron la Era en que los romanos comenzaron a admirar las obras de arte de los griegos.» El escritor griego Plutarco en su vida de Marcelo puntualiza: «Trayendo la mayoría y más rica parte de las ofrendas votivas de los siracusanos para que sirviesen de recreo en su triunfo y de ornato a la ciudad. Porque entonces no había en ella, ni se conocía, objeto de gusto y de primor, ni se veía nada que pudiera llamarse gracioso, fino o delicado.» Según este último autor, Roma comienza a conocer el arte con la expoliación artística del tesoro público y privado de los siracusanos, que cambió el gusto de los romanos. En realidad, a partir del siglo II a. C., Roma se helenizó profundamente; valoró por primera vez en su historia el arte griego; se cambiaron las costumbres; se introdujo la homosexualidad, el lujo en el vestir, en los muebles y en las casas. En las capas altas de la sociedad, como en la familia de los Es-

cipiones, influyó la filosofía estoica; en las altas y bajas, los cultos mistéricos, que buscaban la salvación individual, como los cultos dionisíacos, que originaron en el 186 a. C. la primera gran persecución religiosa del Imperio Romano, el *edictum de baccanalibus*. Se prefieren los vinos griegos a precios costosísimos y se compran esclavos orientales, que conocen bien la música, la danza o que sirven de preceptores, a precios elevados (como 300 dracmas). A través de las imitaciones de Andrónico, Planto o de Terencio, el público romano conoce alguna parcela de la literatura griega. Diodoro, historiador siracusano de época de Augusto, describe bien el cambio de valores operado en la sociedad romana desde que se puso en contacto con Asia, culturalmente mucho más avanzada y mucho más corrompida, y muelle, pues la cultura helenística había entrado ya en una etapa de decadencia. Livio ha aludido a este fenómeno en su Historia de Roma: «El lujo de las naciones extranjeras entró en Roma con el ejército de Asia; éste fue quien introdujo en la ciudad lechos ornados de bronce, preciosos tapices, velos y tejidos delicados, veladores y mesas de servicio, que se tenían por elegantes piezas de mobiliario; en esta época aparecieron por vez primera en los festines cantores y arpistas para distraer a los comensales; se desplegó más cuidado y magnificencia en los preparativos de los banquetes.» Las obras de arte llegaban a Roma primero como botín del saqueo de las ciudades griegas y orientales y adornaban los edificios públicos y los privados; se exhibían en el cortejo de los generales victoriosos el día del triunfo en Roma; así, habitantes de la capital del Imperio pudieron conocer *de visu* los principales originales de los artistas griegos, los cuadros más famosos, los objetos más bellos de arte menor, o copias. Baste recordar unos cuantos triunfos. En el año 194 a. C. Tito Quinctio Flaminino exhibió en su desfile, en Roma, «las estatuas de bronce o de mármol arrebatadas en su mayor parte a Filipo V, rey de Macedonia. más bien que a las ciudades conquistadas... vasos de

Torso de Diana. Obra importada posiblemente de Roma. Itálica. Museo Arqueológico. Sevilla.

Diana cazadora. Museo Arqueológico. Sevilla. Procede de Itálica.

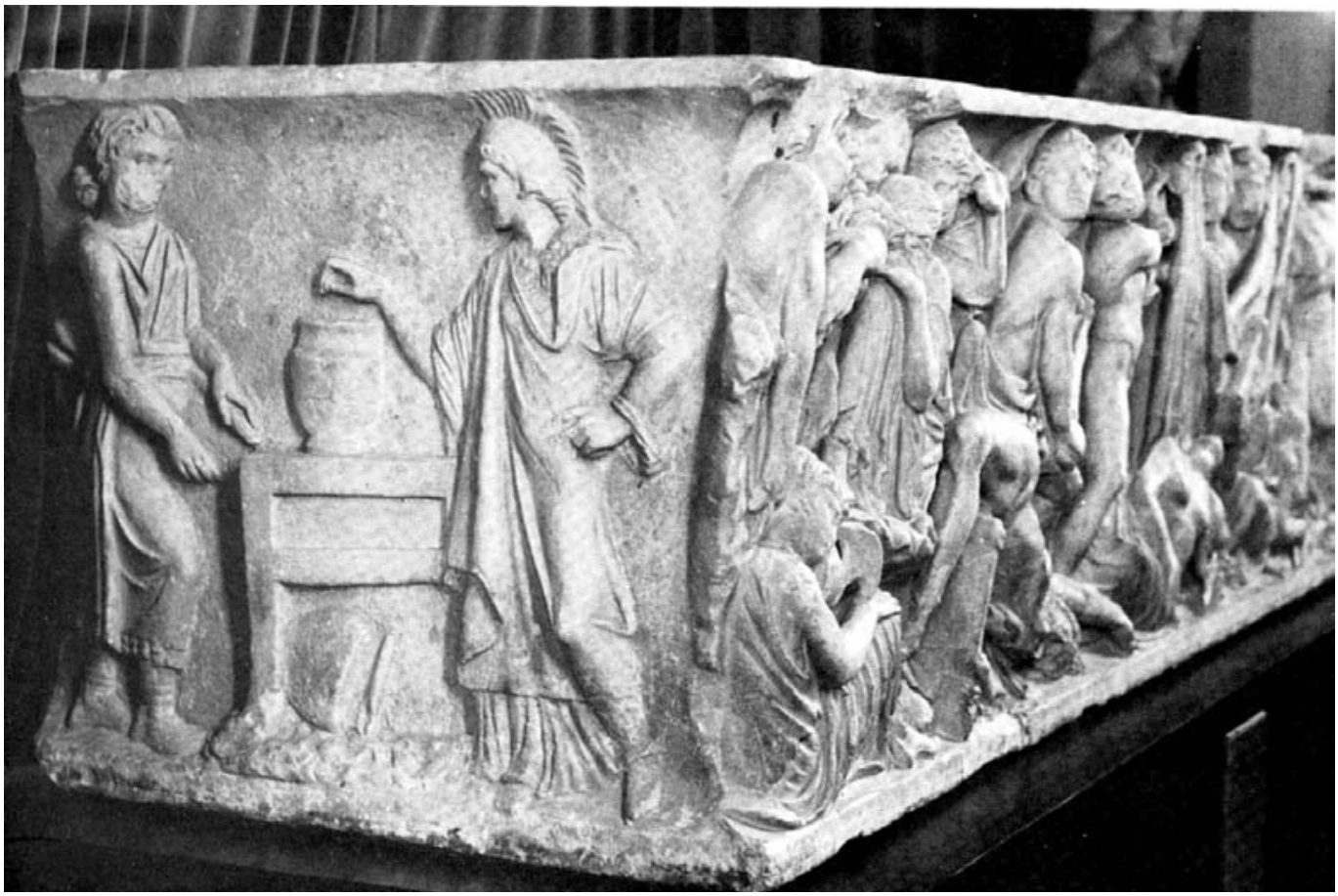
todas clases en considerable número, de los que algunos eran obras maestras y muchos trabajos de bronce». En 188 a. C. L. Escipión trajo de las ciudades griegas de Asía Menor 134 estatuas, y en el triunfo de Nobilior. año 187 a. C., figuraron 285 estatuas de bronce y 230 de mármol procedentes de la colección particular de Pirro, que guardaba en Ambracia. Paulo Emilio en el año 167 a. C., al celebrar su triunfo sobre el rey de Macedonia, hizo desfilar en su cortejo triunfal 250 carros llenos de estatuas y cuadros, otros fabulosos tesoros artísticos como cráteras de plata, copas de formas varias, notables por su tamaño, peso y admirablemente cinceladas... además del pintor Metródoros que se llevó consigo a Roma. Entre las esculturas figuraban otras de Fidias y de Lisipos. Los generales romanos traían a la capital de Italia algunos artistas griegos, como Metelo en el año 146 a. C., a quien acompañaron los escultores Dionisios, Poliklés y Timarquides, que trabajaron en el *Porticus Metelli* y el arquitecto Hermódoros. Según Plinio, que prestó un gran interés en su obra al arte griego, el destructor de Corinto, Mummio, llenó Roma de estatuas griegas; otras las regaló a diversas ciudades itálicas e, incluso, hizo una donación de varias a Itálica, según indica una inscripción latina. Con esta donación pudieron llegar a la Península Ibérica algunas esculturas de época helenística, estudiadas por A. García y Bellido, como las diminutas cabezas de guerrero de los Museos Arqueológicos de Jaén, Cádiz y Granada. El Museo Arqueológico de Córdoba exhibe entre sus magníficas colecciones una cabeza masculina en bronce, de ensortijados cabellos, hermana de una segunda conservada en el Museo del Prado, que recuerda algo los retratos de Alejandro Magno, y es una típica creación helenística de rostro extraordinariamente fino y expresivo.

Nada tiene de extraño la llegada al Sur de Hispania de estas obras de arte griegas, dada la intensa colonización a que fue sometida la Península de gentes suritálicas, buenas conocedoras del arte griego, que venían acá a explotar las minas, como cuenta Diodoro y ha estudiado Domergue, apoyado en el material arqueológico. En Cádiz hubo una estatua de Alejandro Magno, que hizo llorar a César, cuestor a la sazón en el año 68 a. C., al pensar que él no había hecho aún nada y que el gran macedón a los 33 años había conquistado un imperio, que abarcaba desde el Indo hasta Grecia.

Obras de arte menor llegaron ahora, como los tapices asiáticos, que figuran en las fiestas celebradas en Córdoba en honor de Q. Cecilio Metelo, por sus triunfos sobre Sertorio o la crátera de bronce, hoy en el Instituto del Conde de Valencia de Don Juan en Madrid, obra alejandrina, probablemente, con el tema de los griegos y troyanos luchando alrededor del cadáver de Patroclo (fig. 1). Esta llegada de obras del Oriente responde a un intenso comercio de los puertos hispanos con todo el Mediterráneo, como lo Índica el hecho de que los barcos gaditanos eran bien conocidos en Alejandría, según indicación de Estrabón y de que recientemente está apareciendo cerámica alejandrina de muy buena calidad en Cartagena, el puerto más importante para el comercio en la costa ibérica. No se conocen noticias referentes a Hispania que aludan a artistas griegos u orientales que trabajasen en la Península a finales de la República; quizás los hubiera, como lo indica la presencia de los arquitectos, griegos a juzgar por el nombre, que trabajaron en las obras del puerto de Cartagena.

Roma, en esta época, se convirtió en el mercado de obras de arte más importante del Imperio. Ya L. Esci-

Venus de Itálica, de influencia alejandrina. Museo Arqueológico. Sevilla. Procede de Itálica.



Sarcófago de Husillos (Palencia).
Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

pión, al decir de Livio, reunió un gran número de artistas de toda Asia. Además de los ya citados, cabe recordar al pintor alejandrino Demetrios, a Diógenes de Atenas, que trabajó en el panteón de Agripa, a la pintora Laia de Cicikos y a los escultores neoáticos. Atenas, al final de la República, tenía los mejores talleres de copistas del Mediterráneo, en los que descollaron Apolonios, hijo de Arquias, Antioco, Glikon, Cleómenes, Filateneo y Hegias. La existencia de estos talleres de copistas prueba que había una clientela, que no podía ser más que romana, de un gusto totalmente helenizado, que pagaba por las grandes creaciones del arte griego precios fabulosos y de colecciones de particulares. Plutarco, en su vida de Lúculo, que reunió una excelente colección de obras de arte, escribe sobre el general romano que las adquirió «a precios enormes, consumiendo en ellas las inmensas riquezas que había adquirido en la guerra». Lúculo pagó a Arkesilaos, toreuta de renombre, a quien César encargó la imagen de *Venus Genetrix* para el templo del *Forum Iulii*, 1.000.000 de sestercios, unas 250.000 pesetas oro, por una estatua de culto de *Felicitas*. Varrón, que vivió tantos años en Híspanla, alaba su colección de cuadros. En la colección de Asinio Polión, una de las mejores de Italia, figuran obras de arte griego de primera fila, como el Toro Farnesio, un Apolo y un Poseidón de Praxíteles, una Afrodita de Cefisodotos, el Joven, canéforas y candelabros de Escopas y las Tespiades de Cleómenes. En tiempos de Pompeyo un caballero romano pagó un talento, unas 7.000 pesetas oro, a Praxiteles por un boceto de una crátera.

Los expolios artísticos de Grecia y de Asia Menor continuaron en el siglo I a. C., por obra de Síla en el 83 a. C., de Pompeyo en el 61 a. C., y de César en el 46 a. C., en Atenas, en Asia Menor y en los grandes santuarios de Delfos, Olimpia y Epidauro. La pasión por coleccionar obras de arte no respetaba ni a los mismos santuarios. No es muy aventurado suponer que los grandes capitalistas de la Península, como los quinientos caballeros censados en Cádiz, que vivían la mayoría en Roma por sus negocios, invirtieren grandes sumas en la adquisición de obras de arte, pero la arqueología no ha suministrado datos hasta el presente.

El arte, que refleja fabulosamente bien las corrientes de todo tipo de una época determinada, influyó en las costumbres y en el cambio de valores de la sociedad romana, como lo Índica el hecho de que el censor del año 184 a. C. denunció, como muy peligrosas para la moralidad pública, las estatuas llevadas a Roma por Metelo, que hacían que los jóvenes progresistas admiraran más las estatuas de Atenas, Corinto y Siracusa, que las humildes y feas terracotas de los venerables templos, como acertadamente observa Livio, terracotas que eran, muchas de ellas, semejantes a la de la diosa de la fecundidad entre leones rampantes hallada en Itálica.

Sarcófago de época de Galieno.
El Alcázar. Córdoba.

Sarcófago con el rapto de Proserpina.
Iglesia de S. Félix. Gerona. Final del S. III.

Italia exportaba a Hispania grandes cantidades de manufacturas, como cerámica de los talleres de Arezzo, en Etruria, vidrio y, posiblemente, lámparas de bronce.

Hispania importó bastante cerámica aretina, documentada en toda la Península. A Lusitanía, por ejemplo, enviaron sus vasos los talleres aretinos de *Cn. Atenis, P. Cornelíus, M. Perennius*, etc.

El número de alfareros aretinos conocidos en Hispania es mucho mayor en la Tarraconense que en la Bética, pero ello puede deberse a que Turdetania o Bética hasta ahora ha sido poco excavada. Hispania importó cerámica de los talleres de Arezzo desde el comienzo de su fabricación (50 a. C.) hasta el cierre de los talleres aretinos a mediados del s. I, pero su presencia no es demasiado abundante comparada con las importaciones de cerámica sudgálica o de sigillata clara. Las llamadas tardoaretinas o tardoitálicas prácticamente son desconocidas en la Península. Como ejemplo cabe recordar vanas piezas de gran valor artístico, como la copia procedente de Bilbilis, decorada con escenas eróticas, con un excelente estudio del modelado del cuerpo humano y de los paños, fabricada por *M. Perennius Tigranes*, inspirada en modelos helenísticos de temas mitológicos. Sus paralelos más próximos son los fragmentos de Bargates

Sarcófago con escena de cacería. Museo Arqueológico. Barcelona. Mediados del S. III.

de Tübinga, en Alemania, del Museo Cívico de Arezzo, de la American Academy de Roma, de Heidelberg, etc. Los mismos temas se repiten en los talleres aretinos de Annio y Rasinio; el vaso del taller de M. Perennio, hallado en Ampurias, con una escena de lucha con un oso, de fuerte esquematismo, realismo y movimiento. Los temas de simple decoración vegetal y geométrica decoran la copa del taller aretino de *Cornelius*, encontrada en Ampurias. Una pieza excepcional es el modiolo de Belchite (Zaragoza), con paralelos en Berlín y Tarragona. En todos ellos figuran ménades con tirsos danzando y un fauno tocando la doble flauta, que prueban que el arte de la corriente neoática, que gozó de tanta aceptación a finales de la República, de las grandes cráteras de mármol adornadas con grandes temas dionisíacos, fue calcado con un gusto y técnica exquisitos en objetos de diminuto tamaño, utilizados como vajilla en las casas de los ricos. La decoración recuerda las composiciones de las cráteras de Salpión en Atenas, hoy en el Museo Nacional de Nápoles, de Sosibros. en el Louvre; de la crátera con Baco y bacantes del Museo Nacional de Nápoles y de la crátera Borghese del Louvre. Su fabricante, como Índica la estampilla, es *M. Perennius Tigranus*.

En la costa hay muchos yacimientos con aretina, lo que indica que su transporte era marítimo. Pronto fue sustituida por la sigillata sudgálica, lo que explica la ausencia de piezas tardo-aretinas.

Piezas importantes, quizás obtenidas en mercados atenienses, ya directamente o por intermedio de Italia, debieron ser el fragmento neoático de Itálica, el capitel de las Horas del Museo Arqueológico de Sevilla, probablemente la estatua de Medina Sidonia, de época tiberiana, el *Mellephoros* de Antequera, la mejor pieza del género, en bronce, hallada hasta el presente, y el Apolo, igualmente en bronce, de la Playa de Pinedo (Valencia). Estas esculturas venían como cargas de retorno de los barcos que llevaban a Roma productos alimenticios o minerales. El elemento sirio y la influencia artística siria fue siempre abundante y manifiesto en Hispania, lo que constituye un aspecto de las relaciones comerciales y culturales con el Oriente. Hispania importó vidrio de lujo a lo largo de todo el siglo I. Importados de Roma o de Campania o quizás de Egipto (Alejandría) son probablemente los vidrios mosaicos de Palencia, Carmona y Ampurias, éste último de época Claudia. De Alejandría procede, quizás, la nidria tallada de *Baelo***.** Con la misma

Sarcófago fechado *a* mediados del S. III.
Probablemente pagano. Museo Paleocristiano. Tarragona.

técnica están trabajadas las tazas de *Iuliobriga* y de Itálica, fechadas en el siglo I.

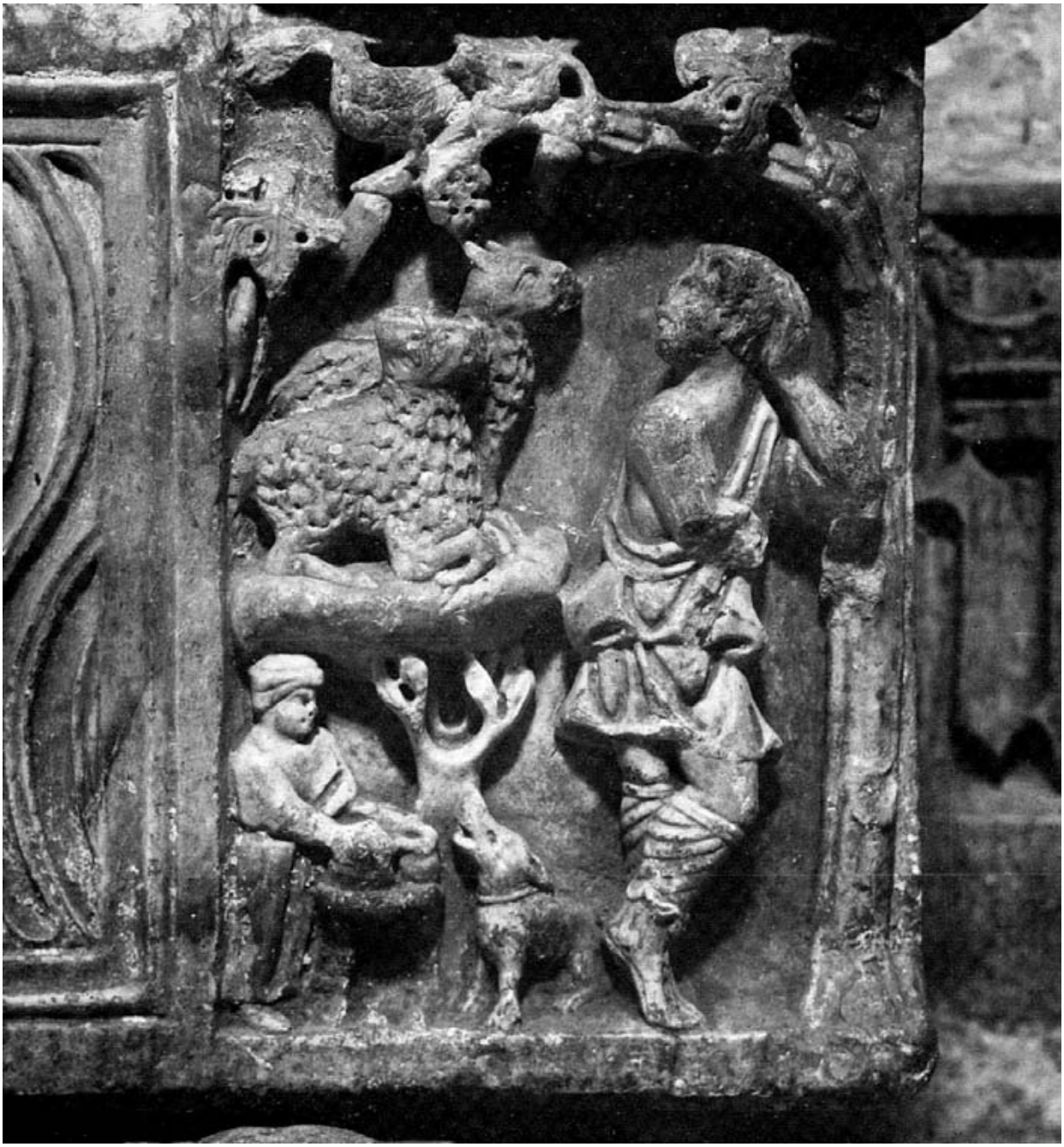
Importados del valle del Ródano, deben ser los tres fragmentos de tres vidrios ampuritanos con inscripciones y escenas de circo. Vasos de vidrio con escenas parecidas, carreras de carros o combates de gladiadores, han aparecido en Carmona y Palencia. Son vasos de una gran elegancia y originalidad.

La época del gobierno de los Antoninos marca el cénit del Imperio Romano y son años de una gran prosperidad económica y social; los años 140-160 coinciden con el auge de la exportación del aceite hético a Roma, al sur de Galia y a la cuenca del Rhin y a Britania.

Una burguesía municipal, culta y rica, habitaba las colonias y municipios hispanos, muy al tanto de las corrientes artísticas de la metrópoli. En esta época algunas ciudades, como Itálica, se convierten, gracias a la munificencia de Adriano, en unas grandes urbes que, por su urbanismo de gran estilo, pueden combatir con las grandes metrópolis del Oriente, como Antioquía, Laodicea o Apamea, en Siria. A partir del año 160 y hasta el 200 la Península Ibérica entra en una época de crisis, bien manifiesta en el descenso grande de la exportación del aceite hispano a Roma y en las razzias de los moros de Mauritania en las ciudades bélicas. Esta burguesía, terrateniente y mercantil, decoró sus casas con magníficas obras de arte y se enterró en soberbios mausoleos como el de Fabara o el de Sádaba.

La mayoría de las esculturas halladas en Itálica son buenas copias hechas en Roma, según la tesis de A. García y Bellido; aunque A. Blanco sospecha que puedan ser piezas fabricadas en la propia Itálica, salidas de talleres en manos de artistas griegos, muy al tanto de las grandes creaciones del arte griego, como los dos torsos de Diana, hoy conservados en el Museo Arqueológico de Sevilla, que son una excelente copia de originales griegos del siglo IV a. C., hechos probablemente en Roma (fig. 2); o la Diana, que es una de las más bellas estatuas romanas aparecidas en la Península, que sigue un tipo corriente y de la que se conocen bastantes réplicas; o la Diana cazadora, un chiton (fig. 3), etc. La Venus de Itálica, de influencia alejandrina (fig. 4), y el Mercurio pudieron venir igualmente de Roma. Llegaban, según se indicó, como cargas de retorno de los barcos que comerciaban entre Hispania y Roma. En Hispania hay un número relativamente grande de copias griegas, que llegaron en época de los Antoninos y de los Severos, como el Esculapio, de procedencia desconocida, de época antoniniana, copia de un original griego de época helenística, la cabeza de Hércules hallada en Tarragona, de influjo escopeo, fechada en la segunda mitad del siglo II y el Dionysos de Aldaya, Valencia, creación romana imperial del siglo II avanzado. Importada de Grecia o de Italia es la cabeza de sátiro de Itálica, de finales del siglo II. El material de algunas esculturas procede de fuera de Hispania, bien porque llegara en bruto, bien ya trabajado, como las cabezas de Marco Aurelio y L. Vero, halladas en Tarragona, de mármol itálico, al igual que el busto de joven procedente de Itálica, de época de Marco Aurelio. De mármol de Carrara es un busto de varón de época de Marco Aurelio. Los sarcófagos llegaban ya tallados y eran la carga de retorno, igualmente, de los barcos que transportaban mercancías hispanas. Importado probablemente de Roma es el de Husillos, Palencia (fig. 5), con el tema de la Orestiada, fechado a mediados del siglo II, con pequeñas variantes con el sarcófago de Orestes, hoy en el Museo Laterano de Roma. La diferencia mayor entre ellos consiste en que el espectro de padre ha sido sustituido en la pieza de Palencia por las Erinies en reposo. De época de los Severos e importado de Roma, con retoques de época de Galieno (fig. 6) es el sarcófago de Córdoba con las puertas del Hades, hacia las que se aproxima un matrimonio con sendos rollos en las manos, exhortado por sus maestros. Es una obra de excelente calidad artística y sigue prototipos bien documentados, como los sarcófagos con puertas del Hades de Florencia, Palazzo Medici-Ricardi, o de Roma, Palazzo dei Conservatori. En este siglo vinieron probablemente de Roma

Sarcófago con escena de cacería. Iglesia de San Félix. Gerona. Comienzos del S. IV.



Detalle del sarcófago de Covarrubias (Burgos).
del segundo tercio del S. IV, con el pastor Endymion

otros sarcófagos, algunos de arte flojo, pues ahora los talleres trabajaban en serie, como los de Ilici, Elche, hallado en el puerto, con el rapto de Proserpina de finales del siglo II y sus congéneres de S. Félix de Gerona (fig. 7) y de Tarragona, de mediados del siglo III. A comienzos de la época de los Severos llegó el sarcófago, con batalla entre griegos, de Tarragona y a principios del siglo III el sarcófago con musas y Apolo de la capital de la Tarraconense. Otro sarcófago importado es uno con la leyenda de Hipólito, aparecido en la misma ciudad, procedente de un taller ático, seguramente, de comienzos de los Severos, período que se caracteriza por una gran inflación, devaluación de la moneda y subida de precios, pero que dio buenas obras de arte, como el mosaico de Polifemo y Galatea de Córdoba, obra del 200. A mediados del siglo III se fechan los sarcófagos con escenas de cacería de Barcelona (fig. 8) y el del jabalí Kalydon de Medinat-al-Zahara (Córdoba), temas todos muy del gusto griego del momento, con fuerte sentido funerario (figs. 9 y 10).

La crisis del siglo III, el período que se conoce con el nombre de Anarquía Militar, a partir de la muerte de Alejandro Severo, año 235, hasta el fin de la Anarquía, en el 283, en que sube al Imperio Diocleciano, repercutió muy desfavorablemente en el arte. Ahora desaparece, en gran parte, la costumbre de hacer retratos, de poner estelas sobre las tumbas, y disminuye la importación de obras de arte. Esta crisis es eminentemente económica,

pero también artística, cultural y religiosa. Marca un corte en todos los aspectos en el Imperio. Después de la batalla de Lyon, año 197, Septimio Severo confiscó los bienes de los partidarios de Albino en la Península, que pasaron a ser propiedad privada del Emperador y muchos fueron vendidos después. Este emperador liquidó en gran parte la burguesía hispana. A partir del año 257 se corta el envío del aceite hispano a Roma, lo que prueba un mal momento económico. Ahora la religión romana tradicional y el culto al emperador entran en crisis y se propagan los cultos mistéricos, que buscaban la salvación individual, entre las que se encuentra el cristianismo. A todos estos fenómenos se une el hecho de que Hispania fue arrasada por las invasiones de francos y alemanes en época Galieno y de Aureliano. Algo se recuperó entre los años 260 y el 280, años en que se documenta algún aceite hispano en Roma. En el tercer cuarto del siglo III no se fecha ningún mosaico con seguridad, ni se importan sarcófagos. Se conoce alguno de comienzos de la Tetrarquía.

De la primera mitad del siglo IV se conserva un conjunto de sarcófagos paleocristianos que prueban unas relaciones con Roma intensas, y que algunas comunidades cristianas eran importantes y la presencia en ellas de gente rica. De las Actas del Sínodo de Elvira, celebrado a principios de siglo IV, se deduce que los cristianos pertenecían a las capas altas de las ciudades. La exportación disminuyó desde la segunda mitad del siglo IV y cesó a principios del siglo V. Los sarcófagos paleocristianos hispanos han sido bien estudiados por H. Schlunk, quien ha dedicado varios trabajos al tema; también por P. de Palol y Soto.

En un primer trabajo examinó Schlunk todos los sarcófagos paleocristianos importados de Roma, que pertenecen, en su mayoría, a la primera mitad del siglo IV. El uso de sarcófagos esculpidos fue siempre el privilegio de la clase alta de la sociedad en Hispania, como lo prueba su escasez.

Algunos de los supuestos sarcófagos paleocristianos más antiguos, del siglo III, como el de Covarrubias, (fíg. 11), el «de los leones», el llamado «del lector» en Tarragona, así como dos de Ampurias, o son posteriores o aun paganos. Tanto en la basílica de Tarragona, como en la de Ampurias, los cristianos utilizaron sarcófagos paganos, que los gentiles importaron todavía a principios del siglo IV. El mencionado sarcófago de Covarrubias se data a mediados del siglo IV, y las primeras esculturas cristianas, en Hispania, proceden de Gerona. Aquí, poco después del 300, existió una comunidad cristiana importante que importó sarcófagos de Roma (figs. 12 y 13); a este primitivo grupo de sarcófagos importados pertenecen cuatro de los seis que se conservan en la iglesia de San Félix.

Hacia 315-320 se fecha el sarcófago de Belalcázar (Córdoba) con el tema de Daniel en el foso de los leones. Entre los sarcófagos que siguen el arte constantiniano pueden citarse dos en San Félix, de Gerona; uno estrigilado del Museo Arqueológico de Barcelona y el de la colección Amatler, de la misma ciudad; un fragmento hallado en la mezquita de Córdoba; un sarcófago de la cripta de Santa Engracia, en Zaragoza; un ejemplar de Santo Domingo en Toledo; un fragmento empotrado en la «Puerta del Sol» de esta ciudad; el de Berja (Almería); el hallado en San Justo de la Vega (León). La misma factura artística se documenta en algunos sarcófagos con columnas, como los de Martos, Córdoba (Capilla de los Mártires) y Erustes (Toledo). Todos de época constantiniana. El estilo del sarcófago de «Las Estaciones», en Gerona, y del fragmento con Daniel en el foso, que renuncia a utilizar el trépano, se documenta en el sarcófago procedente de Layos, en el de Castilliscar y en un segundo ejemplar de la cripta de Santa Engracia. La fecha de estos sarcófagos oscila entre los años 315-350, aproximadamente. El sarcófago de Berja puede datarse entre los años 330-340; el segundo de la cripta de Santa Engracia, entre 330-340; el de Layos, entre los años 320-330. Hacia el 340 se fabricó el de Castilliscar; a una fecha anterior, entre los años 300-315, pertenecen los sarcófagos de «Cristo sobre el león», de San Félix de Gerona, y el de la historia de Susana de la misma iglesia. De estos sarcófagos se hicieron imitaciones locales mucho más torpes.

Sarcófago paleocristiano.
Iglesia de S. Félix, Gerona.

Hispania, en el Bajo Imperio, importó pequeñas obras de arte en plata y bronce; baste recordar la taza argéntea de Alicante, obra posiblemente fabricada en la Galia, decorada con máscaras y animales, gemela por su técnica y motivos decorativos de varias piezas del tesoro de Mildenhall (Inglaterra), fechado en el siglo IV.

Importada de Egipto, probablemente de Alejandría, es la situada en Bueña (Teruel), datada en el siglo V, con un tema de cacerías de cabras y leones, que tiene paralelos en otras piezas conservadas en Museos Británicos.

Nada tiene de extraño la llegada de estos objetos del Oriente a la Península pues gentes hispanas visitaron frecuentemente Siria, Palestina y Egipto, como Eteria, Orosio e Hidacio y en Constantinopla, al lado de Teodosio, hubo un clan de altos magistrados, de procedencia hispana, estudiado por Stroheker y por Chastagnol. Gente siria y oriental fue siempre numerosa en Hispania. Para ella se hicieron los sarcófagos de Écija, Alcaudete, y Singila Barba, que siguen modelos y gustos orientales.

En la Península el número de sarcófagos es particularmente elevado entre los años 310-350, lo que señala una importación considerable de los talleres de Roma, no de la Galia, que quizás se explique favorablemente siguiendo a V. Schönebeck, admitiendo que en Roma e Hispania, a partir del año 307 hubo una gran tolerancia del cristianismo, mientras en la Galia la represión fue grande. Los sarcófagos paleocristianos de la primera mitad del siglo IV importados de Roma tienen las procedencias siguientes: Gerona, 6; Barcelona, 2; Zaragoza, 2; Arlanza, 1; Castilliscar, 1; San Justo de la Vega, 1; Toledo, 1; Layos, 2; Córdoba, 3; Martos 1; Berja, 1; Denia, 1. De estos 22 sarcófagos, diez proceden de lugares próximos a la costa; con los restantes forma H. Schlunk, a quien seguimos, tres grupos: los que se encuentran en el camino Barcelona-Astorga (cinco); los de la región toledana (tres), y los del Sur (cuatro), que se han hallado en lugares próximos al Guadalquivir. Todos estos sarcófagos debieron ser importados por mar, como lo indica su distribución y llevados a su destino por transporte fluvial, ya que la mayoría de los ríos importantes eran navegables en Hispania. En la segunda mitad del siglo IV el número de piezas importadas disminuye y todas se hallen en la costa. Estos sarcófagos proceden de Tarragona, 2; Valencia, 1; Cádiz, 1; Hellín, 1; Talavera, 1 (de éste último se duda si es importado). En el paso del siglo IV al V, coincidiendo con el saqueo de Roma del 409, los talleres romanos cesaron de producir.

A estos ejemplares estudiados por H. Schlunk hay que añadir el publicado recientemente por A. García y Bellido, encontrado en Córdoba, con escenas del Antiguo y Nuevo Testamento y también importado de Roma y fechado entre los años 330-335.

Una pieza excepcional, desde el punto de vista artístico, llegada del Oriente, sin duda, es el llamado missorium de Teodosio, hoy guardado en la Real Academia de la Historia en Madrid, que ha sido, repetidas veces, analizada por A. Delgado, R. Mélida, A. García y Bellido, R. Delbrueck, W. Grünhagen y, recientemente, por J. Arce. Representa a los augustos gobernantes y conmemora, según indica la inscripción, los *deeennalia* de.Teodosio I. Es un plato de donación (*largitio*) del emperador, así como lo fueron también las dos tazas de plata que aparecieron con él. Pertenece, pues, a un documentado tipo de regalos de los que se conservan varios, como los de Constancio II en el Ermitage, de Valentiano I en el Museo de Arte e Historia de Ginebra, etc. Si el recipiendario del plato fuera el *vicarius Hispaniarum*, se ha pensado que los genios alados representarían a las cinco provincias, y la mujer tumbada a Hispania. La fecha de fabricación de la pieza sería entonces el 393. Los personajes representados serían, pues, Teodosio y a su lado Arcadio y Honorio. Una segunda interpretación ve en la mujer a *Abundantia*, y los cinco putei son las representaciones de los *quindecennalia* de Teodosio, celebrados en el año 393. Si la cruz de la inscripción alude a la celebración de los *deeennalia* (388), se interpreta el personaje sentado a la derecha de Teodosio como Valentiniano I y el de la izquierda como Arcadio, hipótesis esta última, seguida por Delbrueck y por García y Bellido.

Mérito grande del estudio de Arce es el relacionar a Valentíniano II y a Arcadio con los acontecimientos históricos contemporáneos, lo que daría una fecha en torno al 388 para su fabricación. Las relaciones entre Teodosio y Valentiniano II no fueron en estos años excelentes, pero su presencia podía responder a que tuviera planeado concederle Teodosio un poder efectivo. Si ello es

Sarcófago paleocristiano.
Iglesia de S. Félix, Gerona.

Missorium de Teodosio.
Real Academia de la Historia, Madrid.

así, según J. Arce, sería su presencia expresión de abuso de poder, oportunismo político y propagandístico. Si representase a Arcadio, tesis que por comparación con las monedas hallamos más aceptable, se indicaría el desplazamiento de Valentiniano II por el hijo de Teodosio. Flanqueando a la familia imperial se encuentran soldados, francos o germanos, pertenecientes a la categoría de los *candidati*. A la derecha de Teodosio se inclina un personaje civil, vicario o prefecto del pretorio, recibiendo del emperador el *liber mandatorum*. La figura tumbada representa a *Tellus*, según la mayoría de los investigadores, que de ella se han ocupado. La escena se sitúa, muy probablemente, en un escenario irreal.

La pieza procede, sin duda, de los talleres imperiales (Constantinopla o Tesalónica) y es una estupenda muestra del arte cortesano de finales de la antigüedad. Quizás el recipiendario sería el vicario con residencia en la capital de Lusitania, *Emerita*, que el poeta galo Ausonio, a finales del siglo IV, creía una de las mejores ciudades del Imperio (fig. 14).